

# Crítica y no ficción. Poéticas y políticas en torno a un género en la revista *Los Libros* (1969-1976)



Victoria García

Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
victoriaggarcia@gmail.com

## Resumen

La operación de refundación de la crítica literaria argentina impulsada desde la revista *Los Libros* (1969-1976) se desarrolló en simultáneo con una serie de intervenciones de pretensión asimismo refundadora en el campo literario: las que tuvieron por objeto dotar de legitimidad a un género, la no ficción. En este sentido, nuestro artículo considera el modo en que la irrupción literaria de la no ficción se abordó desde *Los Libros*. El punto de partida es el lugar paradójico que ocupaban estas narrativas frente a los críticos de la revista: por un lado, podían prestarse a las reducciones del “realismo ingenuo” que denostaban; por el otro, abrían un cuestionamiento sobre los parámetros dominantes de legitimación de lo literario que resultaba afín a su proyecto. Examinaremos los corolarios de esa paradoja en un análisis de distintos aspectos de la revista: las listas de libros publicadas en cada número, las reseñas y artículos, y las zonas documentales del discurso crítico. Proponemos que la no ficción plantea ante *Los Libros* un problema fundamental: el de la distancia requerida para que la práctica crítica se constituya como tal, sosteniendo su especificidad frente a la reducción sociológica y frente al mimetismo con la acción política.

**Palabras clave:** no ficción, testimonio, crítica literaria, revistas, fundación.

## Criticism and Nonfiction. Poetics and Policies Around a Genre in *Los Libros* journal (1969-1976)

### Abstract

The operation of re-foundation of Argentine literary criticism promoted by *Los Libros* journal (1969-1976) took place simultaneously with a series of interventions that also aimed at re-founding in the literary field: those that had the purpose of giving legitimacy to a genre, nonfiction. In this sense, our article considers the way in which the literary irruption of nonfiction was approached from *Los Libros*. The starting point is the paradoxical place that these narratives occupied in the eyes of the journal's critics: on the one hand, they could lend themselves to the reductions of “naive realism”

that they denounced; on the other hand, they opened a questioning of the dominant parameters of literary legitimization that was akin to their project. We will examine the corollaries of this paradox in an analysis of different aspects of the journal: the lists of books published in each issue, the reviews and articles, and the documentary zones of critical discourse. We propose that non-fiction poses a fundamental problem for *Los Libros*: that of the distance required for critical practice to be constituted as such, sustaining its specificity in the face of sociological reduction and mimicry with political action.

**Keywords:** nonfiction, testimony, literary criticism, journals, foundation.

## Introducción

Jorge Panesi señala en *Críticas* que la conjunción “ficción y política” constituye un *topos* de la crítica literaria argentina, y que esa conjunción se aborda siempre a partir de un género: la novela. Asocia tal persistencia al legado de *Contorno*, que privilegió la “subjetividad novelística” de Arlt frente a la “subjetividad no novelística” de Borges (Panesi 2000, 69). La revista *Los Libros* (1969-1976),<sup>1</sup> que se inscribe dentro del legado contornista, aun con los desplazamientos que involucró su proyecto de modernización, no escapa a este privilegio de la novela y de la ficción como objetos del discurso crítico. De Diego (2007, 99) observa, en este sentido, que la ficción novelística tuvo una presencia central en lo que se suele reconocer como primera etapa de la publicación, mientras su foco de interés se colocó más en la literatura que en la política. Espósito (2015, 3), por su parte, nota el lugar un poco paradójico que ocuparon en la revista las ficciones del *boom* latinoamericano, en relación con el cual *Los Libros* se posicionó desdeñosamente, pero que a la vez constituía el material disponible, por lo contemporáneo, para el desarrollo de la “nueva crítica” que la revista aspiraba a encarnar.<sup>2</sup>

Ahora bien, la publicación de *Los Libros* coincide con una serie de procesos significativos en el campo literario, que interrogan la noción de novela, y cuestionan su asimilación con la ficción. Lo hacen no ya en virtud del sesgo que implica restringir el ámbito de la ficción al de la novela, lo cual lleva a relegar el cuento del *corpus* ponderado por la crítica, sino, a la inversa, denunciando *la reducción de la novela* –y, por extensión, de toda producción narrativa– *a la ficción*. Desde la segunda mitad de los años 60, en efecto, se produce la irrupción e institucionalización del discurso narrativo no ficcional –como lo llamará después Amar Sánchez (2008)– en el ámbito literario, en distintas variantes, entre las que se destacan la del testimonio, cultivada en América Latina por autores como Rodolfo Walsh y Miguel Barnet, y la de la *non-fiction* y el nuevo periodismo, desarrollada por Truman Capote, Norman Mailer y Tom Wolfe en los Estados Unidos.<sup>3</sup>

1 *Los Libros* publicó 44 números entre julio de 1969 y febrero de 1976. Fue dirigida entre los números 1-22 por Héctor Schmucler. Sobre las transformaciones que atravesó el grupo impulsor de la revista en su historia, que han dado lugar a diversas propuestas de periodización, remitimos a De Diego (2007, 88).

2 El sintagma “nueva crítica” como nombre de un proyecto al que daba impulso *Los Libros* aparece cristalizado ya en el número 1 de la revista, en la reseña de Nicolás Rosa (1969) sobre el primer volumen de *Nueva novela latinoamericana* de Jorge Lafforgue. Es Panesi (2000, 25) quien señala la operación de traducción de la *nouvelle critique* francesa que implicaba esta denominación del proyecto crítico nucleado en la revista.

3 Hemos abordado en trabajos previos las operaciones críticas que derivaron en la institucionalización del testimonio como género literario en el campo latinoamericano de los años 60-70 (García 2012). En cuanto a la historia del género en su vertiente norteamericana, reenviamos a Amar Sánchez (2008, 11 y ss.).

La operación de (re)fundación de la no ficción como género literario tiene lugar en simultáneo con la refundación de la crítica que persigue *Los Libros*, e interpelará, como veremos, algunos de sus presupuestos. Estos pueden resumirse en dos lineamientos básicos: en primer lugar, la necesidad de desarrollar análisis textuales rigurosos, que permitiesen superar no solo los análisis impresionistas propios de la crítica periodística, sino también los análisis temáticos de cuño sociológico, que entendían a la literatura como representación directa del mundo social (De Diego 2007; 87; Espósito 2015, 3-4). Las herramientas provistas por distintas vertientes del estructuralismo, dominante en la escena teórica en Francia en los años 60, fueron cruciales para renovar las aproximaciones las relaciones entre literatura y sociedad, y especialmente a la cuestión del realismo, central en los debates de la época (Gramuglio 2002). En segundo lugar, la nueva crítica se proponía establecer “las mediaciones necesarias entre el arte y la sociedad a través del concepto de ideología” (Espósito 2015, 4). Ello implicaba postular el carácter ideológico del discurso literario, no solo en lo que concernía a la significación particular de cada obra, sino también al hecho mismo de la legitimación de ciertos textos como literatura, proceso en el que la crítica tiene un rol importante. Como afirma el editorial del número 28: “Se producen textos, pero sólo algunos son legitimados como literatura [...]. Sobre esta ‘apropiación’ [...] se define el sistema de la literatura, creado por la crítica y reconocido luego por ella como natural” (3).

El “realismo ingenuo” aparecía como el principal blanco polémico de la revista, pues se encontraba en la base de experimentos literarios fallidos –como lo había demostrado la experiencia del realismo socialista– y de una concepción de la literatura como representación directa de lo social que, en su simplismo, tendía a reproducir el *statu quo* burgués. En palabras de De Diego:

no sólo el realismo se funda sobre una ingenua concepción de la representación, y por ende, sólo puede consolidar una ideología burguesa, sino que, además, el camino hacia una ideología verdaderamente transgresora y revolucionaria debe buscarse en los textos que denuncian y cuestionan los modos realistas de representación (2004, 91).

Frente a esta convicción, la no ficción que irrumpía al final de los años 60 parecía colocarse en un lugar paradójico. Por una parte, podía llevar a impugnar los parámetros dominantes de legitimación de lo literario, que consagraban la ficción como su forma privilegiada, excluyendo otras discursividades de aquello que se valora artísticamente; por la otra, lo hacía apostando a la capacidad del discurso literario de representar lo real, lo cual podía conducir a instalar miradas esquemáticas del realismo. ¿Qué hacer con estos textos, entonces, desde la “nueva crítica”? *Los Libros* no planteará respuestas unívocas frente a este interrogante. Las aproximaciones al género elaboradas en sus páginas se presentarán, más bien, como un “campo de pruebas y de ensayos”, provisionales por la temporalidad propia del soporte revista, atenta a la coyuntura (Tarcus 2007, 4), pero también por la del mismo género de no ficción, que en esos años se presenta como un objeto relativamente nuevo, no cristalizado y permeable a diversas lecturas.<sup>4</sup>

A continuación, consideraremos el modo en que la emergencia de la narrativa de no ficción se aborda desde las páginas de *Los Libros*.<sup>5</sup> Lo haremos en tres momentos,

<sup>4</sup> Como hemos propuesto en otro lugar (García 2021), la cristalización de ciertos *topoi* críticos en torno de la no ficción tendrá lugar después, a partir de la difusión y canonización académica de las aproximaciones al relato histórico formuladas por Hayden White, iniciadas en los años 80.

<sup>5</sup> “No ficción” es el nombre que adoptamos para reconstruir, en términos metacríticos, el modo en que los integrantes de *Los Libros* se posicionaron ante diversos textos cuyo rasgo común residía en la pretensión de referencia a la realidad (Pouillaude 2020), textos que en los años de la revista

relativos a distintos aspectos del discurso crítico de la revista. Primero, examinaremos el lugar adjudicado a textos de no ficción en las listas de libros publicadas en las últimas páginas de cada número. Segundo, nos detendremos en una serie de reseñas y artículos centrados en libros de no ficción. Tercero, examinaremos el papel que asume la no ficción y, en particular, uno de sus registros: el documental, como una de las matrices genéricas que la revista pone en juego en la configuración de su discurso crítico. Si en las dos primeras secciones la no ficción aparecerá como objeto de la escritura crítica, en la última se presentará como elemento constitutivo de su misma discursividad. En términos de la teoría de los géneros (Schaeffer 2006), nos desplazaremos del nivel *lectorial* de la genericidad –i.e. las operaciones que despliega la revista como receptora de ciertos textos, a los que asigna identificaciones genéricas más o menos taxonómicas o flexibles– al nivel *autorial* –i.e. la composición de un discurso crítico que en sí mismo integra elementos no ficcionales, de tipo documental–.<sup>6</sup>

A través de nuestro recorrido, veremos que la no ficción plantea ante *Los Libros* un problema de distancia: será cuestión, para los críticos de la revista, de interrogar la cercanía máxima respecto de lo real que parecen proponer estos textos, su proclamada proximidad respecto de la historia y la política en las que también ellos intervienen. Pues la reproducción mecánica de ese mimetismo no solo implicaba incurrir en el “realismo ingenuo” que condenaban, sino, más aun, amenazaba con poner en jaque el estatuto mismo de la práctica crítica.<sup>7</sup>

## Una taxonomía inestable: la no ficción en la sección “Los Libros”

Aunque *Los Libros* atravesó, a lo largo de los casi siete años en que se publicó, diversas mutaciones, existe un aspecto de la revista que se mantuvo estable a través de todo su derrotero: nos referimos las listas de libros de reciente publicación, que aparecían en las páginas finales de cada número, inspiradas en una sección similar de la revista francesa *La Quinzaine Littéraire*.<sup>8</sup> Pese al carácter aparentemente anodino de la sección –y a la escasa atención que se le ha brindado en la bibliografía–, se trata de una pieza importante de un proyecto que se proponía difundir “Un mes de publicaciones”, primero “en la Argentina y el mundo” y después “en América Latina” –según lo indicaban los lemas de tapa de los números 1-7 y 8-21–. La sección hace decisivamente a la identidad de la publicación; de hecho, en los primeros años de la revista lleva su mismo título: “Los Libros”.<sup>9</sup>

adquirieron una creciente relevancia en el campo literario. Si bien para entonces se trataba de una denominación conocida, incluso para quienes producían *Los Libros* (vid. *infra*, “Una taxonomía inestable”), el uso metacrítico que hacemos en nuestro artículo no es equiparable a ni se desprende necesariamente de sus usos en el discurso crítico de la revista.

6 No se nos escapa que la discusión de fondo reside aquí en la relación de la crítica con la ficción, por un lado, y con la verdad, por el otro. Retomamos, en este punto, a Piglia (2001, 13): “La ficción trabaja con la verdad para construir un discurso que no es ni verdadero ni falso. [...] Mientras que la crítica trabaja [...] con criterios de verdad más firmes y a la vez más nítidamente ideológicos. Todo el trabajo de la crítica [...] consiste en borrar la incertidumbre que define a la ficción”. Sobre el documento como un tipo de representación no ficcional, véase Pouillaude (2020, 115).

7 Sobre la productividad de la distancia como presupuesto de la crítica, Montenegro (2021) afirma: “La crítica [...] crea una distancia irreductible entre el saber hecho acto de escritura y los objetos de su investigación; por eso, se alza contra la voluntad de dominio o la captura definitiva de lo real, y en su lugar solo ofrece la incertidumbre de una escritura fraguada en la precariedad”.

8 El único número que no incluye el listado de libros de publicación reciente es el 30, publicado justo después de la desvinculación de Schmucler como director (De Diego 2004, 88).

9 El título de sección “Los Libros” deja de utilizarse en el número 27, de julio de 1972. A partir de entonces, la sección se titulará, más sobriamente, “Libros distribuidos en América Latina” (números 27 y 28) y “Libros distribuidos en Buenos Aires” (a partir del número 29).

La sección aparecía sin firma, pero Ricardo Piglia tuvo un rol protagónico en su preparación, hasta su desvinculación de la revista en el número 40 (marzo-abril de 1975). “Yo me ocupaba de la sección de las reseñas breves, que para nosotros era muy importante”, afirma en las evocaciones incluidas en el prólogo de Somoza y Vinelli a la edición facsimilar (2011, 11). El listado de títulos aparecidos antes de cada número, que contenía datos bibliográficos básicos –título, autor, editorial, lugar de edición, cantidad de páginas– se acompañaba de reseñas brevísimas que, en conjunto, conformaban “una suerte de microcrítica” de “todos los libros publicados en el mes” –según las palabras utilizadas por Emilio Renzi en los *Diarios* de Piglia (2016, 135)–. En esta ambiciosa apuesta, resonaba el proyecto mayor de abarcar “la totalidad del pensamiento” a través de los libros, tal como anunciaba el editorial del número 1, “La creación de un espacio” (3). Pero la voluntad totalizadora, que en esta sección tiende a adoptar un sesgo cuantitativo, no dejaba de conllevar dificultades prácticas de realización, así como cierto riesgo de simplificación cualitativa. De Diego observa, así, que en las microrreseñas se solía “abandonar el rigor de la escritura crítica y caer en brulotes contra escritores de quienes la revista se diferencia ostensiblemente” (2007, 105).

Si la cantidad de libros listados y comentados era efectivamente muy vasta, la parcialidad resultaba sin embargo inevitable. En efecto, una cuestión de accesibilidad de los materiales bibliográficos motivó la *latinoamericanización* de la revista iniciada en el número 8. El auspicio económico de distintas editoriales latinoamericanas permitía, además de sostener la tirada regular, “ofrecer una información exhaustiva sobre los libros de interés general que aparecen” en América Latina (3)<sup>10</sup>. A la vez, existían condicionamientos políticos, vinculados al contexto represivo, que limitaban el acceso a los libros: “Son conocidas las restricciones que existen en la Argentina para la entrada de diarios, revistas y libros”, afirma el editorial del número 20, publicado en junio de 1971 y dedicado a Cuba, en ocasión del “caso Padilla” (3). Los señalamientos sobre la política cultural cubana vertidos en el mismo número muestran que, más allá de los obstáculos externos, una política editorial propia de la revista decidía, al menos en parte, las inclusiones y exclusiones de los libros en “Los Libros”. “La política y la cultura [...] establecieron [en Cuba] distancias acrílicas”, se afirma en el artículo inicial del número –escrito colectivamente y publicado sin firma (4)–; en ese contexto, “La Casa de las Américas se mostró como espejo de una heteróclita fusión de autores que tendencialmente simpatizaban con la revolución cubana y que, muchas veces, no hacían más que cristalizar y reproducir las formas culturales de la burguesía” (4).<sup>11</sup> No hay, de hecho, bibliografía editada por Casa de las Américas en la sección de listas de libros de la revista. En lo que hace a la narrativa de no ficción, el dato resulta significativo, considerando el impulso que, en esos años, la editorial brindó a la narrativa testimonial, a partir de la creación de una colección “Testimonios” que divulgaba los textos premiados en el certamen literario de la institución, en la categoría creada bajo ese rótulo en 1970.<sup>12</sup>

En la misma línea, los inventarios bibliográficos de “Los Libros” contienen omisiones que no parecen responder a problemas de accesibilidad, sino a olvidos más o menos

10 Sobre la latinoamericanización de *Los Libros* como necesidad económica más que ideológica, cfr. De Diego (2004, 93).

11 Altamirano recuerda que el artículo fue el corolario de uno de los grandes debates dentro de la revista: “como había zonas de acuerdo y otras de desacuerdo, se hizo un gran resumen para tratar de recoger todas las voces” (cit. en Somoza y Vinelli 2011, 15).

12 La creación de la categoría “Testimonio” en el certamen literario de Casa de las Américas, que dio lugar a la colección editorial homónima, suele entenderse como uno de los momentos decisivos en la institucionalización del género en América Latina (cfr. García 2012).

deliberados por parte de Piglia y del equipo editorial de la revista. Nos interesan especialmente las vinculadas a títulos de narrativa de no ficción, entre las cuales dos son notorias: *La patria fusilada* de Francisco Urondo y *La pasión según Trelew* de Tomás Eloy Martínez. Ambos libros se editaron en 1973, a un año del acontecimiento de violencia estatal que los motivó, y batieron récords de ventas en sus primeras ediciones. El hecho de que sus autores se encontraran vinculados a revistas que los críticos de *Los Libros* entendieron como antagónicas a su proyecto: *Crisis* y *Primera Plana*, respectivamente,<sup>13</sup> puede haber influido en el *lapsus* de sus omisiones, aunque sin dudas Martínez parece haber suscitado más simpatía que Urondo en las páginas de la revista (De Diego 2007, 104).<sup>14</sup>

Más allá de las omisiones, resulta de interés considerar, dentro del universo de libros efectivamente comprendido por la sección, las operaciones de clasificación a partir de las cuales se las organiza. No se trataba, de hecho, de un listado informe, sino –significativamente para lo que nos ocupa– de un catálogo ordenado a partir de categorías genéricas. El formato básico que asume la categorización es el de la correspondencia biunívoca: cada texto se incorpora necesariamente a una categoría, de modo tal que no quedan textos fuera del conjunto clasificado, y solo a una, de manera tal que la clase aparece como marco necesario y suficiente para establecer su ubicación dentro del vasto y heteróclito universo de los libros.<sup>15</sup>

Ahora bien, por rígida que pueda parecer esta taxonomía, un recorrido de conjunto por la sucesión de números permite observar la condición variable y, en este sentido, relativa de las categorías empleadas. No hay listas idénticas entre sí en lo que hace a las clases que las componen, porque estas se reajustan según los libros editados en cada período, pero también porque el alcance de las categorías varía en lo terminológico y conceptual. Nos interesan en particular las variaciones y vacilaciones concernientes a la narrativa de no ficción. La revista apela a diversos nombres de género para identificar estas producciones, alternando entre algunos que aluden al plano temático: “historia”, “política” y “antropología”, y otros referidos a la modalidad narrativa: “documentos”, “crónicas”, “biografías”, “reportajes”, “memorias” y “testimonios”. De todas ellas, solo tres perduran a través de las distintas etapas que atravesó *Los Libros*: “historia”, “política” y “documentos”. La relevancia conferida a esta última categoría, presente en la mayoría de los números de la revista (veintiséis de los cuarenta y cuatro totales),<sup>16</sup> contrasta con el carácter *ad hoc* que revisten otras como “memorias” y “testimonios”, que aparecen en un único número (el 1 y el 32, respectivamente). En el caso de la denominación “testimonios”, el contraste es significativo, pues se trata del nombre que, contemporáneamente, tendía a instalarse entre los escritores latinoamericanos cultores de esta forma narrativa, como Barnet,

13 *Crisis* es señalada desde *Los Libros* como *populista*, mientras que *Primera Plana* aparece como órgano de difusión de la crítica impresionista propia del periodismo. Cfr. Dalmaroni 2002, Somoza y Vinelli 2011, 17-18.

14 La primera novela de Martínez, *Sagrado*, fue reiteradamente citada luego de su publicación en 1969, mientras que Urondo aparece apenas mencionado en la sección “Los Libros” del número 22, como autor de *Teatro* (1971). Su novela *Los pasos previos* (1974), que dialogaba con *La patria fusilada* en el uso de materiales documentales, es otra de las exclusiones significativas que pueden detectarse en los listados de libros confeccionados por la revista.

15 En esta sección *Los Libros* reproduce –deliberadamente o no– el modelo teórico según el cual un texto *pertenece a* un cierto género. Frente a este modelo, tan usual como improductivo desde el punto de vista teórico, Schaeffer describe diversas formas de pertenencia genérica múltiple, que indican que la genericidad de un texto es siempre plural y compleja (2006, 81 y ss.).

16 Los números 1, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 12, 13, 14, 15/16, 17, 18 y 21 incluyen la categoría “Crónicas y documentos”, mientras que en los números 19, 20, 22, 23, 25, 26, 27, 28, 31 y 35 se utiliza simplemente “Documentos”.

Urondo y Walsh,<sup>17</sup> y que –como sugerimos más arriba– llegó a consagrarse en Cuba como seña de identificación del género. La distancia crítica que los intelectuales de *Los Libros* mantuvieron respecto de la política cultural de la Revolución Cubana puede haber sido, en este punto, un factor disuasivo.

Tampoco la denominación “no ficción”, impulsada por Truman Capote en su operación bautismal de la vertiente norteamericana del género, aparece empleada como categoría de clasificación de “Los Libros”. Para entonces, no obstante, era conocida por Piglia y por los críticos nucleados en la revista, como lo indica la apelación a su forma en inglés en la microcrítica de *Operación masacre* de Walsh contenida en la sección: “Reedición de una denuncia que inaugura la *nonfiction* en la literatura argentina” (n° 1, 34).

Si las operaciones de clasificación desplegadas en “Los Libros” son provisionarias por la variabilidad de las categorías empleadas, también lo son en virtud de los modos en que se aplican para identificar los títulos comprendidos por la sección. Un análisis detenido de estas operaciones de asignación de clases genéricas muestra que, en rigor, los criterios que las sustentan son frágiles, y no se desprenden necesaria o naturalmente de las características de los textos en cuestión.

En relación con los textos narrativos de no ficción, un contrapunto interesante en este sentido surge entre aquellos a los que se les adjudica el estatuto de “literatura” y los que quedan afuera de ese rótulo. Dentro del primer grupo, se cuentan libros como *Biografía de un cimarrón* (1969 [1966]) y *Canción de Rachel* (1969) de Miguel Barnet, *Hasta no verte, Jesús mío* de Elena Poniatowska (1969) –incluidos en la categoría “Literatura argentina y latinoamericana” o “hispanoamericana”–, *Los ejércitos de la noche* (1970 [1968]) y *Miami y el sitio de Chicago* (1970 [1968]) de Norman Mailer –caracterizados como “Literatura europea y norteamericana”–.<sup>18</sup> En cambio, otros textos del género se distribuyen dentro de categorías ajenas a lo considerado como literario. Se encuentran dentro de este grupo los tres libros de no ficción de Walsh: *Operación masacre* –en su tercera edición (1969 [1957])– y *¿Quién mató a Rosendo?* (1969) se clasifican como “Política”, mientras que *Caso Satanowsky* (1973) figura en “Testimonios”.<sup>19</sup> También quedan afuera de la categoría “Literatura” *Los que luchan y los que lloran* de Jorge Masetti (1969 [1958]) –identificado bajo el rótulo “Crónicas y documentos” en el número 1, pero desplazado a la categoría “Política” en el número 7 (que incluye la lista de todos los libros publicados en 1969)– y *La guerrilla tupamara* de María Esther Gilio (1971 [1970]) –que también se rotula como “Política”–. Si el libro de Masetti llama la atención por su tema y por la trayectoria política de su autor –“Reedición del reportaje a la guerrilla de Fidel Castro escrito por quien después sería el Comandante Segundo”, indica la microcrítica (n° 1, 32)–, sobre el de Gilio, premiado como literatura testimonial en Casa de las Américas en 1970, no dejan de señalarse sus virtudes como texto: se trata, según el reseñador, de una “serie de reportajes periodísticos de inusual temperatura narrativa (n° 15-16, 59).

¿Por qué libros testimoniales como los de Barnet –incluso *Biografía de un cimarrón*, que había sido concebido como un relato etnográfico– resultaban clasificables como literatura, mientras que no ocurría lo mismo con los de Walsh? Parece posible que la distancia requerida para ponderar los textos en tanto que tales fuera más difícil de asumir cuando se trataba, como en Walsh, de materiales ligados de manera inmediata

<sup>17</sup> Véase por ejemplo Barnet (1969), Walsh (1996, 118), Urondo (2013 [1971], 399-400).

<sup>18</sup> Véanse los números 4, 7, 8, 10 y 15-16.

<sup>19</sup> Cfr. los números 1, 7 y 32.

al contexto histórico y político en el que, a la vez, el mismo discurso crítico intervenía. La distancia, condición de la crítica, resultaba productiva para poner en primer plano la textualidad de ciertas narrativas de no ficción –como las de Barnet–, pero, al menos en esta sección, no llevaba a desbaratar parámetros de legitimación largamente instalados, que entronizaban esa textualidad como literaria de forma selectiva y hasta un poco arbitraria, con el corolario de desplazar otros textos de no ficción –como ocurre aquí con los de Walsh– hacia los márgenes del canon crítico.

## Escribir las lecturas: la no ficción en la sección de reseñas y artículos

Las reseñas y artículos sobre textos de no ficción que nos interesarán en este apartado se publican durante la primera etapa de la revista, es decir, entre 1969 y 1972, mientras Schmucler dirigió la publicación y la propuesta general estuvo centrada en la crítica de libros (De Diego 2007, 88). En este período, Aníbal Ford publica una reseña de *¿Quién mató a Rosendo?* de Walsh (nº 1, julio de 1969); Josefina Ludmer escribe sobre *Biografía de un cimarrón* y *Canción de Rachel* de Barnet (nº 3, septiembre de 1969); Nicolás Rosa lee *Los ejércitos de la noche* de Mailer, en un número dedicado a la literatura norteamericana que contiene, además, significativas consideraciones de Piglia sobre las escrituras de propaganda de los Black Panthers (nº 11, septiembre de 1970), y Beatriz Sarlo esboza un panorama de la novela argentina contemporánea que incluye un comentario sobre la no ficción de Walsh (nº 25, marzo de 1972).

Una mirada de conjunto de estos artículos da cuenta del esfuerzo de sus autores por trascender la discusión sobre el contenido referencial de los libros en cuestión, para elaborar análisis de los textos en tanto que tales, desde perspectivas teóricamente informadas. En este sentido, el problema del realismo –central en los debates literarios y críticos de los años 60 (Gramuglio 2002, 36)– aparece de manera insistente en los ensayos. En términos de Sarlo, el desafío de la escritura literaria y crítica radicaba en alejarse de “la legislación tradicional del realismo”, que aspira “a la totalidad de la representación” (1972, 18). La mirada compleja sobre las relaciones entre literatura y política llevaba a la necesidad de desarrollar instrumentos teórico-metodológicos propios de la crítica, en diálogo con las tendencias estructuralistas dominantes en Francia en los años 60. En efecto, algunos términos clave del vocabulario estructuralista: *texto*, *significación*, *producción*, *ideología*, son recurrentes en las reseñas.

Más allá de ese léxico, a la vez especializado y común –relativamente compartido dentro del discurso editorial de la revista (Espósito 2015, Wolff 2016)–, es la obra de Roland Barthes la que parece elegirse como preferida dentro de la caja de herramientas que ofrecía el estructuralismo francés. Lo evocan Rosa y Sarlo, aunque con corolarios distintos en cada caso. Rosa apela a “El discurso de la historia” (Barthes 1970 [1967]) para introducir un cuestionamiento sobre la diferencia de estatuto entre historia y ficción: “no está suficientemente claro si las leyes que rigen el desarrollo del discurso histórico y aquellas que regulan el discurso de la ficción son esencialmente distintas” (1970, 16). El cuestionamiento toma como punto de partida la obra de Mailer, pero va más allá, pues lleva a invertir, en términos generales, la jerarquía tradicional que asocia lo verdadero a la historia y lo falso a la ficción –“la labor informacional objetiva de la Historia [...] crea la ‘mentira’, “la actividad imaginaria del novelista –‘esclavo de su imaginación’– [va] en busca de la verdad” (*ibíd.*)–.<sup>20</sup> Sarlo,

20 Se trata de una constante en la obra de Rosa, quien a lo largo de toda su trayectoria “invertirá y desplazará la subordinación de lo imaginario a lo real” (Hidalgo Nácher 2017, 55).

por su parte, repara igual que Rosa en los límites borrosos entre ficción y no ficción, tal como quedan exhibidos, en el contexto argentino, en narrativas como *Operación masacre*: el relato de Walsh, en efecto, “no es ficción pero [...] utiliza, sin autocensurarse, algunos de sus procedimientos” (1972, 18). Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en el enfoque del crítico rosarino, el de Sarlo no rechaza hacia afuera del terreno literario y crítico el problema de la verdad; más bien, lo incorpora como parte de los conceptos que las narrativas de no ficción permiten interrogar. Así, Walsh demostraría que “verdad y narración no se excluyen” (*ibid.*). En su perspectiva, surge el mismo Barthes que denuncia las trampas del realismo en “El efecto de realidad”, ensayo publicado en el número de *Communications* de 1968, *Recherches sur le vraisemblable* (1970 [1968]), cuyo concepto organizador la autora retomará abiertamente en su artículo, titulado “Novela argentina actual: códigos de lo verosímil”. Pero también emerge el primer Barthes, el de *El grado cero de la escritura* (1953). Este permite ver que en los libros testimoniales de Walsh se lee una “moral de la forma” (Sarlo 1972, 18), y no meramente una idea de lenguaje como medio. Ahora bien, si la narrativa testimonial walshiana admite ser calificada como “la propuesta de la década”, como lo hace elogiosamente la autora, es sobre todo porque su fundamento “reside en la práctica”, porque allí “la palabra se propone como práctica política” (*ibid.*).

En su reivindicación política de la literatura de Walsh, Sarlo coincide con Aníbal Ford, acaso de manera no intencionada, pues las perspectivas críticas de ambos, más allá de ese punto de confluencia, son bien disímiles, como observa De Diego (2007, 102). Para Ford, el “real significado” de la narrativa testimonial de Walsh, y en particular de *¿Quién mató a Rosendo?*, reside en su intervención en “la lucha contra los obstáculos que se oponen a la liberación nacional y social de nuestro país” (1969, 29). La pregunta por el valor literario no resulta pertinente aquí –“No es una prueba de buena literatura [...] sino una forma de lucha” (*ibid.*)–; en la misma línea, la distinción establecida por esta narrativa respecto de la ficción se asume como tajante, ineludible –“el libro ya no permite las confusiones con la ficción que articularon algunos” (*ibid.*)–. La obra testimonial de Walsh se presenta como “atípica, desordenada, esencialmente no especializada” (*ibid.*), por lo que puede resultar disruptiva para el sistema literario y provocar “desajustes” en la crítica (28).

En efecto, el rechazo a la especialización promovido por Ford suscitó corolarios polémicos en el marco de un proyecto crítico atento a la especificidad de sus instrumentos, como el que impulsaba *Los Libros*. Será Héctor Schmucler quien, en el número 28, al reseñar el volumen *Nueva novela latinoamericana II* compilado por Jorge Lafforgue, impugnará el enfoque de Ford sobre Walsh, pues este, en su sesgo político, no aportaba suficientes elementos para comprender la contribución del escritor en su dimensión específicamente literaria –“no alcanza [...] para demostrar –como lo pretende– por qué el autor de *Operación Masacre* es un escritor para los que buscan reflexionar sobre la realidad argentina de cerca, también con esa vieja forma de la cultura del hombre que llamamos literatura” (1972, 18)–.

Las confluencias y divergencias que emergen en estas aproximaciones a la no ficción indican la coexistencia, al interior de *Los Libros*, de concepciones críticas diversas, como señala Espósito (2015, 7), que conviven –no sin tensiones– dentro de un proyecto renovador común. En este sentido, frente a la inclinación barthesiana de Rosa y Sarlo, y a la cruzada de Ford contra la especialización –que llegaría a ser tildada de “populista” por los integrantes de la revista (Dalmaroni 2002)–, Ludmer y Piglia ofrecen otra perspectiva. El título del artículo de Ludmer: “Miguel Barnet: el montaje de las palabras”, coloca en el centro la noción de *montaje*, término clave en los debates en torno al realismo al menos desde los años 30. Desde su perspectiva, *Biografía de un cimarrón* (1966) y, sobre todo, *Canción de Rachel* (1969) no se destacan por la aparente

transcripción que operan respecto de lo real, sino por el *texto* en que se constituyen a partir de la intervención autorial sobre los materiales de la realidad: “[Barnet] corta, numera capítulos, titula, corrige, actualiza. [...] En ese acto crea un texto [...]; el testimonio, la crónica, la historia se hacen literatura” (Ludmer 1969, 6). Como consecuencia de esta intervención, surge una distancia entre el texto y la realidad-objeto, que es condición de la crítica y de cualquier proceso de transformación social, y que Ludmer observa de distintos modos en los textos de Barnet: en *Biografía de un cimarrón*, “una narración simbiótica corresponde a un personaje [...] que se distancia de su orden social rebelándose”; en *Canción de Rachel*, “una narración distanciadora corresponde a un personaje en actitud simbiótica con su orden social” (*ibid.*).<sup>21</sup>

La defensa del montaje como técnica que posibilita un distanciamiento respecto de lo real deja ver, en Ludmer, una toma de posición en los debates sobre el realismo que la ubica del lado de Bertolt Brecht y Walter Benjamin, y en polémica con Gyorgy Lukács.<sup>22</sup> En este punto, su enfoque confluye con el de Piglia, plasmado en su artículo sobre la “Nueva narrativa norteamericana”. Allí el autor ratifica, a partir de la obra de William Burroughs, la reivindicación brechtiana del “montaje simultáneo de textos ya escritos”, como técnica que “Quiebra [...] las leyes de productividad textual admitidas por la burguesía” (Piglia 1975, 13).<sup>23</sup> La propuesta más radical, sin embargo, no la encuentra en la ficción de Burroughs, sino en la no ficción desplegada en las escrituras de los Black Panthers: autobiografías, periódicos, ensayos, historias de vida, relatos, panfletos, que “instalan en los textos una perspectiva colectiva”, “revolucionaria” en la cultura norteamericana (11-13). Su radicalidad reposa, según el autor, en el “principio de no separar escritura y práctica política”, en el hecho de que definen su forma en el seno de la acción política (13).

En estas consideraciones, Piglia esboza los rudimentos de una posición crítica sobre la no ficción que llegaría a formular en términos programáticos solo años después, y que se resume en la idea de que “Un uso político de la literatura debe prescindir de la ficción” (1987, 35). La no ficción aparecerá, así, como única alternativa viable frente a los resultados fallidos a los que puede conducir el imperativo realista que pesa sobre la novela social. Para entonces, ya no serían las escrituras de los Black Panthers las que inspirasen al crítico, sino la narrativa testimonial de Walsh. Esta se leía ahora desde la distancia que garantizaba no solo el paso de los años, sino también las transformaciones del contexto cultural y político.<sup>24</sup>

21 Ludmer pondera el segundo libro de Barnet por sobre el primero, porque allí el proceso de composición textual suscitaba “una profundidad narrativa cuyo efecto es la constitución del escritor como ente autónomo” (1969, 6). En este punto, su valoración crítica difiere de la que primó en el contexto cubano, donde la elaboración literaria patente en *Canción de Rachel* fue vista con sospecha (Morejón Arnaiz 2006). Más significativamente, la ponderación de Ludmer contrasta con la de Walsh, quien, aun partiendo de una reivindicación del montaje como técnica de producción artística, decía preferir *Cimarrón* frente a *Rachel*: “en el montaje [...] se abren inmensas posibilidades artísticas. Digo eso porque pienso en trabajos como el de Barnet, no tanto en el segundo como en el primero *Biografía de un cimarrón*”, afirma en marzo de 1970 en su célebre entrevista con Piglia (1973, 20).

22 Brecht señalaba, en relación con el montaje, que “se puede objetar cualquier cosa [...], aunque nada desde el punto de vista del realismo” (1973, 227). Lukács, por su parte, afirmaba en “Se trata del realismo” que esta técnica puede llevar a resultados fallidos, como “consecuencia necesaria de la renuncia al reflejo objetivo de la realidad” (1966, 303). Sobre esta polémica, cfr. Amar Sánchez (2008, 27).

23 La reflexión teórica sobre el realismo en clave brechtiana se retomará en las “Notas sobre Brecht”, publicadas el número 40 de *Los Libros* (marzo-abril de 1975). Allí Piglia recupera la idea de Brecht de que “no es realista quien ‘refleja’ la realidad [...] sino quien es capaz de producir otra realidad” (1975, 9). También el Benjamin de “El autor como productor” aparece evocado en este artículo: “En lugar de preguntarse cuál es la posición de una obra en relación con las condiciones de producción de una época, hay que preguntarse cuál es su posición en el interior de esas condiciones de producción” (Piglia 1975, 7).

24 La caracterización de la narrativa testimonial de Walsh como una forma de la vanguardia literaria es tardía en Piglia. En los años de *Los Libros*, la relación entre ambos escritores parece estado atravesada

## Politización y documentalismo

Se ha señalado que el proyecto de *Los Libros* se cifra, en buena medida, en su preferencia por un género: la reseña, esto es, el comentario sobre libros de reciente aparición, que daba lugar a discusiones más generales sobre el estado de la literatura y de la crítica. De Diego sugiere, a la vez, que una característica singular de la revista residió, en su primera etapa, en la publicación de textos literarios también recientes, lo que provocaba una “contaminación entre un discurso crítico cada vez más preocupado por la elaboración *formal* de su escritura y una producción literaria cada vez más proclive a incorporar [...] la crisis de un modo de concebir la literatura como representación del mundo social” (2007: 87). Aunque el autor se refiere básicamente a ficciones, la no ficción no resultó del todo excluida de este interés por incorporar textos vinculados a la actualidad literaria. Así lo muestra, por ejemplo, la publicación de un fragmento de *Miami y el sitio de Chicago* de Norman Mailer, en el número dedicado a la literatura norteamericana al que nos referimos más arriba.

Ahora bien, la presencia de la no ficción como parte de los géneros integrados al discurso de *Los Libros* no se limita a textos considerados valiosos desde el punto de vista literario. La revista incorpora, además, la no ficción y, en particular, el registro documental, como modalidad bajo la cual tiene lugar el acercamiento a la *realidad* política como objeto que adquiere preminencia a través de su historia. En ese sentido, el proceso de politización que experimenta la revista, que tanto se ha discutido,<sup>25</sup> no es solamente una cuestión de los temas abordados en los artículos. También tiene consecuencias en su política de los géneros: las reseñas de libros, preferidas inicialmente, disputarán su espacio con otras formas genéricas, cuya pretensión común reside en remitir a la *realidad* de manera pretendidamente directa, no mediada por el mundo libresco. Documentos, testimonios, reportajes, informes, informaciones y fichas son algunas de las modalidades discursivas que la revista cultiva a lo largo de su derrotero.

Más que cuantificar la presencia de estos géneros en las páginas de *Los Libros*, nos interesa considerar los sentidos que adquieren en su discurso crítico. Su presentación en los editoriales o en breves notas introductorias permite identificar, en ese sentido, dos concepciones diversas y hasta contrapuestas de los materiales documentales incluidos en la revista.

La primera concepción se inscribe dentro de la preocupación, central en el proyecto de la “nueva crítica”, por pensar el universo de la cultura a partir de sus textos. Los documentos forman parte de ese universo, como lo señala el editorial del número 12 (octubre de 1970), que incluye un relato sobre torturas aplicadas por la dictadura brasileña: “La tortura es un elemento más de la cultura latinoamericana [...]. Las torturas producen sus propios textos” (3). La misma concepción puede rastreadse en el número 28 (septiembre de 1972), que dedica su editorial a la masacre de Trelew, acaecida poco antes, y en ese marco intercala, bajo el título “Los ‘altos mandos’

---

por tensiones, asociadas a diferencias políticas. Así lo manifiesta Piglia en relación con un episodio que involucra a Walsh y al trabajo en el semanario de la CGT de los Argentinos, que daría lugar a *¿Quién mató a Rosendo?*: “me propone que yo vaya a trabajar con él, con el periódico. Y yo [...] le digo que no [...] porque no estoy de acuerdo en principio con la peronización que eso supone” (2024, 70-71).

<sup>25</sup> En este sentido, la mayoría de los estudios sobre la revista coinciden en identificar en su proyecto crítico una tensión entre voluntad de modernización y de autonomía, por un lado, y tendencia a la politización, por el otro, que se terminará resolviendo en favor del segundo polo (Panesi 2000, De Diego 2007, Croce 2014, Peller 2016, 31). Preferimos, por nuestra parte, considerar la politización de la revista como un proceso complejo y no lineal, tal como plantea Espósito: “no hay una polarización entre autonomía y política que termina resolviéndose con una forzada politización [...], sino que el modelo es más complejo, pues admite matices y, sobre todo, presenta más de dos polos en tensión” (2015, 7).

mandan”, el decreto de la Junta de Comandantes que impone la censura en torno al acontecimiento represivo. El editorial subraya el carácter ideológico y político de lo que entiende como un “relato” que “silencia, para que en el vacío de una información controlada, la represión encuentre su palabra” (2). La atrocidad de la masacre no impide que el ella misma se entienda menos como un *hecho en sí* que como “Metáfora transparente de la política de la dictadura” (*ibid.*, nuestro subrayado).

El segundo enfoque de los documentos desplegado en *Los Libros* tiende a soslayar su condición textual y enfatiza, en cambio, la *realidad* de la que forman parte estos materiales. El valor de los documentos se asocia, en esta perspectiva, a su capacidad de dar cuenta de luchas sociales y políticas vigentes en los años de la revista. En este sentido, *Los Libros* difunde materiales que remiten a realidades prácticas, que pueden interpelar las elaboraciones teóricas –especialmente, las del marxismo– que, a la vez, constituyen un interés central de los críticos de la revista. Así en el número 22 (septiembre de 1971), dedicado a Perú, se incluye un reportaje de María Ester Gilio a Héctor Bejar, dirigente guerrillero, que según el editorial “muestra la posibilidad de comprender una situación no prevista en los manuales de teoría política” (3). Se trata, además, de materiales sobre procesos que se encuentran en desarrollo, realidades dinámicas cuya comprensión se entiende como provisoria, pues comprenden transformaciones en marcha. En esa línea, el número 15-16 (enero-febrero de 1971), dedicado a Chile –en el contexto del gobierno de la Unidad Popular–, contiene un reportaje a dirigentes de un movimiento de pobladores sin casa cuya “importancia fundamental radica en el testimonio de una experiencia de consecuencias imprevisibles” (3).

En la misma línea, *Los Libros* incorpora materiales documentales que parecen surgir de un conocimiento directo de las realidades a las que aluden. En algunos casos, los mismos protagonistas de experiencias políticas toman la palabra: así ocurre en el número 19 (mayo de 1971), dedicado a Bolivia, que presenta el diario de un guerrillero guevarista, con la convicción de que “el testimonio de cualquier luchador que enfrenta cotidianamente la muerte suscita conmoción y respeto” (3), o en el número 21 (agosto de 1971), consagrado a Córdoba, que difunde documentos de los sindicatos cordobeses SITRAC-SITRAM, entre ellos un cuestionario de uno de sus dirigentes que este ha respondido “Pocas horas antes de ser apresado” (13). La presentación de ambos documentos deja ver el valor paradigmático que se le adjudica a la palabra del *luchador*, especialmente el que arriesga su vida en el ejercicio de la práctica política. En otras ocasiones, integrantes de la revista operan como mediadores entre los protagonistas de la experiencia política y los lectores: así, el reportaje sobre Chile citado más arriba surge de la transcripción de una conversación grabada *in situ* por uno de los integrantes de la revista, mientras que el “Informe sobre Bolivia” de Sarlo incluido en el número 19 se presenta como elaborado a partir de un conocimiento directo, recogido por quienes *han estado allí*: “Beatriz Sarlo Sabajanes, Alberto Sato, James Petras y Liliana de Riz, viajaron en distintos momentos a Bolivia y ofrecen [...] observaciones y reflexiones sobre la conflictiva situación revolucionaria del país” (3).

Las virtudes que, en esta segunda concepción, se adjudican a los materiales documentales – una capacidad de dar cuenta de realidades prácticas y dinámicas, que se han conocido de primera mano– tienden a poner de relieve el valor de la acción política, que, a la par, integrantes de la revista practican a través de su participación en distintas vertientes del maoísmo. Significativamente, se trata de valores coincidentes, en buena medida, con los argumentos que sostenían, por esos años, la legitimación del testimonio como forma literaria “propia” de América Latina (Gilman 2012, 339). En la revista, sin embargo, estos valores parecen asociarse a una práctica política entendida como *extraliteraria* y, más aun, como *extratextual*. Surge, así, una paradoja: la crítica, concebida inicialmente como mirada política de la literatura –con las mediaciones

teóricas que resultaban necesarias para no opacar la especificidad del discurso literario-, parece prescindir aquí de la *mirada literaria de lo político*. Dicho de otra manera, los documentos incorporados a la revista como testimonios directos de la realidad política parecen constituir el límite de un proyecto de crítica atento, en sus propios términos teóricos, al *texto*, a la *significación* y a la *ideología*: su legitimación dentro del discurso de la revista implicaba desconocer su condición ideológica y textual.

No resulta azaroso que el texto saltase a la vista cuando se trataba del discurso del Otro, cuyos artificios y arbitrariedades se intentaba desmontar –como en la denuncia sobre la masacre de Trelew–, pero se ocultase cuando estaba en juego el campo discursivo que *Los Libros* buscaba hacer propio en términos políticos. Así, si el objeto de la crítica que desarrollaba la revista terminó por (re)definirse en el ámbito de “los discursos ideológicos”, como lo señalaba el editorial del número 35 (mayo-junio de 1974) (3), parece evidente que el alcance de lo ideológico no era transparente, y que los mismos usos del concepto estaban condicionados ideológicamente, incluso para quienes practicaban su crítica.<sup>26</sup>

## Notas finales

La no ficción introducía ante la “nueva crítica” un problema de distancia. Distancia que el discurso crítico requiere para constituirse como tal, sosteniendo su especificidad frente a la reducción sociológica y frente al mimetismo con la acción política. Distancia que representaba un desafío particular tratándose de un género que parece colocar lo social y lo político en primer plano, y escamotear la dimensión textual, cuyo análisis *Los Libros* buscaba privilegiar como momento decisivo de su proyecto. La inmediatez del discurso crítico respecto de su objeto emergente podía constituir, en este sentido, un condicionante a la hora de leer estos textos sin reducirlos a su contenido factual. Las valoraciones sobre la obra testimonial de Walsh contenidas en distintas zonas de la revista, que oscilan entre la ponderación por su tema y por su contribución a cierto estado de la literatura, son indicativas de estas tensiones. También lo son las diversas y hasta contrapuestas nociones sobre lo documental –entendido a veces como construcción discursiva y otras como huella directa de la realidad– que la revista pone en práctica ya no al clasificar o leer textos de no ficción, sino en la composición de la genericidad compleja de su discurso crítico.

El “nuevo” género ofrecía, a la vez, una oportunidad para recrear los presupuestos teóricos de una crítica que, en la estela de *Contorno*, tendía a ubicar en la novela (de ficción) su objeto privilegiado. Es en la sección de reseñas donde se despliegan diversas tentativas en ese sentido, en el contexto de una actualización de los debates sobre el realismo que se inspiraba en herramientas provistas por el estructuralismo francés, pero también por autores ajenos a esa tradición, como Bertolt Brecht y Walter Benjamin. Dos riesgos se encontraban al acecho para en estas intervenciones críticas: de un lado, la absolutización de la verdad de la no ficción, que podía llevar a reducir la ficción a una “confusión” de la literatura burguesa –como podía plantearse en las

<sup>26</sup> Eagleton señala: “La medida en que se está dispuesto a utilizar el término ideología en relación con las propias ideas políticas es un índice fiable de la naturaleza de la ideología política de uno” (1997, 25). Con respecto a la polisemia de la noción de *ideología* en *Los Libros*, Espósito observa: “Algunas veces es empleada para aludir a una concepción acabada del mundo, otras refiere al conjunto de ideas de la clase dominante o a las ideas falsas que contribuyen a legitimar el poder político dominante y otras, finalmente, hace referencia, de acuerdo con las tesis de Althusser, a esa ilusión que da forma a la relación de los hombre con sus condiciones de existencia” (2015, 4).

consideraciones de Ford sobre Walsh—; del otro, la absolutización de la verdad de la ficción: la ampliación de su alcance conceptual hasta entenderla como carácter de todo texto—como se insinúa en Rosa—, que podía conducir a anular la productividad específica de estos textos y, paradójicamente, a soslayar la especificidad de la ficción. Frente a estos riesgos, ninguna respuesta se presentará en *Los Libros* como definitiva. Varios de los críticos de la revista, de hecho, volverán a la no ficción en momentos ulteriores de su trayectoria.<sup>27</sup> Así, si la ficción y la novela han sido los objetos predilectos de la crítica local a partir de *Contorno*, desde el final de los años 60, y como efecto de la legitimación literaria de la no ficción en la que *Los Libros* intervino de modo singular, parece ineludible pensar también en ese “otro” esquivo de la ficción, cuando se trata de transitar ese lugar a la vez común y fértil para la crítica que configuran las relaciones entre literatura y política.

---

27 Por ejemplo, Piglia en las reflexiones sobre Walsh, ya citadas (1987); Rosa en sus consideraciones sobre la autobiografía en *El arte del olvido* (1990); Sarlo en la crítica del testimonio que propone en *Tiempo pasado* (2005); Ludmer en sus reflexiones sobre la “realidadficción” y la “postautonomía” en *Aquí América Latina* (2010).

## Bibliografía

- » Amar Sánchez, Ana María 2008. *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Buenos Aires: De la Flor.
- » Barthes, Roland. 1953. *Le Degré zéro de l'écriture*. París: Seuil.
- » Barthes, Roland. 1970 [1967]. "El discurso de la historia". En *Estructuralismo y literatura*, compilado por José Szabón, 35-81. Buenos Aires: Nueva visión.
- » Barthes, Roland. 1968. "L'effet de réel". *Communications* 11: 84-89.
- » Brecht, Bertolt. 1973. *El compromiso en literatura y arte*. Barcelona: Península.
- » Croce, Marcela. 2014. "Los Libros: del estructuralismo al isabelismo con una escala latinoamericana". En *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, coordinado por Verónica Delgado, Alejandra Mailhe y Geraldine Rogers, 291-305. La Plata: UNLP.
- » Dalmaroni, Miguel. 2004. *La palabra justa: Literatura, crítica y memoria en la Argentina, 1960-2002*. Mar del Plata: Melusina.
- » De Diego, José Luis. 2007. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Al Margen.
- » Eagleton, Terry. 1997. *Ideología. Una introducción*. Buenos Aires: Paidós.
- » Espósito, Fabio. 2015. "La crítica moderna en Argentina: la revista *Los Libros*". *Orbis Tertius* 20-21: 1-8.
- » Ford, Aníbal. 1969. "El vandorismo". *Los Libros* 1: 28-29.
- » García, Victoria. 2012. "Testimonio literario latinoamericano: una reconsideración histórica del género". *Exlibris* 1: 371-389.
- » García, Victoria. 2021. "Crítica y no ficción. Notas para repensar el género en tiempos de 'posverdad'". *RECIAL* XII (20): 195-211.
- » Gilman, Claudia. 2012. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Gramuglio, María Teresa. 2002 (dir.). *El imperio realista. Historia crítica de la literatura argentina* 6. Buenos Aires: Emecé.
- » Hidalgo Náchter, Max. 2017. "Imaginación crítica de Nicolás Rosa". *El taco en la brea* 5: 39-68.
- » Lukács, György. 1966. *Problemas del realismo*. México: FCE.
- » Ludmer, Josefina. 1969. "Miguel Barnet: el montaje de las palabras". *Los Libros* 3: 6.
- » Montenegro, Rodrigo. 2021. "Figuras de la distancia en la escritura crítica. Mínima genealogía en tres escansiones". *El taco en la brea* 14: 126-143.
- » Morejón Arnaiz, Idalia. 2006. "Testimonio de una casa". *Encuentro de la Cultura Cubana* 40: 93-104.
- » Panesi, Jorge. 2004. *Críticas*. Buenos Aires: Norma.
- » Peller, Diego. 2016. *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta*. Buenos Aires: Santiago Arcos.

- » Piglia, Ricardo. 1970. “Nueva narrativa norteamericana”. *Los Libros* 11: 11-15.
- » Piglia, Ricardo. 1973. “Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política” (Reportaje a Rodolfo Walsh, marzo de 1970). En *Un oscuro día de justicia*, escrito por Rodolfo Walsh, 9-28. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Piglia, Ricardo. 1975. “Notas sobre Brecht”. *Los Libros* 40: 4-9.
- » Piglia, Ricardo. 1987. “Rodolfo Walsh y el lugar de la verdad”. *Fierro* 37: 35.
- » Piglia, Ricardo. 2001. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama.
- » Piglia, Ricardo. 2016. *Los diarios de Emilio Renzi (II). Los años felices*. Barcelona: Anagrama.
- » Piglia, Ricardo. 2024. *Introducción general a la crítica de mí mismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Pouillaude, Frédéric. 2020. *Représentations factuelles*. París: Les Éditions du Cerf.
- » Rosa, Nicolás. 1969. “Nueva novela latinoamericana. ¿Nueva crítica?”. *Los Libros* 1: 6-8.
- » Rosa, Nicolás. 1970. “La narración de la historia”. *Los Libros* 11: 16-19.
- » Sarlo, Beatriz. 1972. “Novela argentina actual: códigos de lo verosímil”. *Los Libros* 25: 18-19.
- » Schaeffer, Jean-Marie. 2006. *¿Qué es un género literario?* Madrid: Akal.
- » Schmucler, Héctor. 1972. “La búsqueda de la significación literaria”. *Los Libros* 28: 17-18.
- » Somoza, Patricia y Elena Vinelli (2011). “Para una historia de *Los Libros*”. *Los Libros: edición facsimilar*, 9-19. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- » Tarcus, Horacio. 2007. “Las revistas culturales argentinas”. En *Catálogo de revistas culturales argentinas*, editado por Horacio Tarcus, 3-8. Buenos Aires: CEDINCI.
- » Urondo, Francisco. 2013 [1971]. *Obra periodística. Crónicas, entrevistas y perfiles 1952-1972*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- » Walsh, Rodolfo. 1996. *Ese hombre y otros papeles personales*. Buenos Aires: Seix Barral.
- » Wolff, Jorge. 2016. “Entre *Los Libros* y *El cielo*”. *Cuadernos LIRICO* 15. En línea: <https://journals.openedition.org/lirico/2748>